

LA LITURGIA EN LA VIDA DE LOS FIELES

[THE LITURGY IN THE LIFE OF THE FAITHFUL]

MONS. EGON KAPELLARI

Resumen: Frente a la pérdida del espesor celebrativo y estético, un *ars celebrandi*, animado de un gran amor a Dios y a los hombres, es la clave que pretende recuperar al pueblo para el *celebrare*. No se puede ni se debe domesticar la forma (*Gestalt*) de la liturgia como si fuese la cera. No todo lo que en este punto pueda estar bien intencionado es realmente bueno y tolerable. Una asamblea litúrgica se celebraría a sí misma sobre todo cuando estuviera drásticamente reducida su capacidad perceptiva de la dimensión de lo sagrado. Por el contrario, cuanto más se dirija la liturgia hacia Dios, tanta mayor fuerza de amor transmitirá a todos y al mundo.

Palabras clave: Liturgia, Estética, *Ars celebrandi*.

Abstract: In the face of the loss of aesthetic and celebratory depth, an *ars celebrandi*, inspired by a great love of God and humankind, is the key to bringing the faithful back to the liturgy. It is neither possible nor permissible to domesticate the form (*Gestalt*) of the liturgy as if it were modelling clay. Not everything that might be well intentioned in this area is really good and tolerable. A liturgical assembly could merely be celebrating itself, especially if its capacity to perceive the sacred dimension were lessened. On the other hand, the more the liturgy is directed towards God the greater the force of the love that it will transmit to all, and to the world.

Keywords: Liturgy, Aesthetics, *Ars celebrandi*.

Es para mí un honor y una alegría poder dictar mi conferencia en esta célebre Universidad. Agradezco la invitación. Esta conferencia debería contribuir en algún modo a un Simposio que trata de la liturgia en cuanto constituye una realización fundamental en la vida de la Iglesia. Desde el concilio Vaticano II se ha pensado y se ha hablado mucho sobre la liturgia, lo cual ha sido a menudo y todavía es objeto de fuertes controversias. Con motivo de los cua-

renta años de la entrada en vigor el 4 de diciembre de 1963 de la Constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* sobre la Sagrada liturgia han tenido lugar numerosos simposios que han intentado profundizar en la situación de la vida de la Iglesia en relación con la liturgia, con la mirada dirigida al pasado, luego a nuestro entorno presente y finalmente a un futuro lleno de esperanza.

1. UNA MIRADA HACIA ATRÁS

El concilio designó la liturgia con una locución de profunda raigambre clásica: *culmen et fons* de la vida eclesial, «cumbre hacia la que se dirige la actividad de la Iglesia y, a la vez, fuente de la que mana toda su fuerza». El movimiento litúrgico previo al concilio fue descrito como un «tránsito del Espíritu Santo por su Iglesia». En el tiempo del concilio y en el momento inmediatamente posterior hubo, incluso casi exclusivamente, una notable euforia en relación con la reforma litúrgica y una gran expectativa de sus efectos para la renovación eclesial. Cuarenta años más tarde los obispos alemanes, en una carta pastoral sobre la liturgia, han extraído un balance general positivo de lo acontecido.

Entre los frutos positivos del desarrollo iniciado desde entonces, la carta pastoral señala la vigorización de una *actuosa participatio* como participación consciente y activa de los fieles en la celebración litúrgica mediante el uso generoso de la lengua vernácula, la simplificación de los ritos, la implicación de los diversos ministerios laicales en la celebración, la importancia concedida a la liturgia de la palabra y a la liturgia de las horas, así como mediante la nueva ordenación de la celebración de los sacramentos como el Bautismo, Confirmación, etc. Todo ello se ha convertido en algo natural y obvio, por lo cual quizá se corre el riesgo —escriben los obispos alemanes— de convertirse de nuevo en mera costumbre. Sin embargo, añaden, no debe desconocerse la existencia de fieles que han sufrido con los cambios litúrgicos, pues se encontraban en su hogar con las anteriores formas.

Frente a esta positiva valoración general de la reforma litúrgica se han posicionado, como es sabido, y todavía se posicionan, algunas críticas más o menos matizadas, o radicalmente contrarias. El rechazo más fuerte lo formuló el psicólogo y sociólogo alemán Alfred Lorenzer en su polémico libro *Das Konzil der Buchhalter* del año 1981. El Profesor Lorenzer no era miembro de la Iglesia católica. Como filósofo de la cultura reaccionaba polémicamente ante la pérdida de la calidad de la liturgia y de su forma, ante todo por la pérdida de su belleza estética en el lenguaje, gestos, ornamentos, altares y todo el rito en gene-

ral; lo consideraba una grave pérdida cultural y una disminución de la sensibilidad estética. Semejante crítica —algo tosca— constituye ciertamente una punzada incómoda y en muchos aspectos injusta, pero resulta también algo beneficioso.

Al igual que otras críticas semejantes venidas de diferentes partes, no se puede ni se debe llegar a una vuelta atrás en la reforma litúrgica postconciliar. Pero esta crítica puede prevenir a la liturgia de hoy y de mañana ante algunas simplificaciones inconscientes o no admisibles. Una crítica parecida y más reciente proviene del exitoso escritor alemán Martin Mosebach en su libro *Die Häresie der Formlosigkeit*. Mosebach, católico recuperado para la fe, polemiza exageradamente contra la pérdida de la forma, de la figura, la belleza y la hondura mística de muchas celebraciones; lo hace sin especial competencia científica en liturgia y en teología, pero con un buen conocimiento estético. Por la razón ya antes mencionada, sería recomendable a los liturgistas y a los pastores la relectura del libro de Lorenzer y la lectura del libro de Mosebach.

Ciertamente estas críticas y el déficit actual de la liturgia no justifican alabanzas al estado de la liturgia antes del concilio Vaticano II. Cuando en la actualidad observo sorprendido en muchas partes muchedumbres de católicos que acuden en riada a la comunión mientras los confesionarios están desiertos, no olvido que —durante mi época de estudios hace cuarenta y cinco años— en la celebración del domingo en la catedral se administraba la comunión sólo en un altar lateral, pues era normal celebrar la misa ante el Santísimo expuesto, o bien rezar el rosario durante la misa. Contra estos abusos ya se había pronunciado el papa san Pío X: «no debéis rezar en la Misa. Debéis rezar *la* Misa».

No obstante, considerada en general, la liturgia preconiliar era una obra de arte. Era hermosa para los sentidos en el color, la música, el incienso; era percibida como misteriosa debido a la poco comprensible lengua latina. Esta liturgia era como una catedral en la que, en el curso del tiempo, se le habían añadido una serie de construcciones interiores y exteriores, que le habían hecho perder transparencia, pero que transmitía calidad mística o, al menos, una cálida intimidad. Lo mencionado se aplicaba también a la articulación del año litúrgico, una obra maestra de la fe, que mediante elementos añadidos, sobre todo en las numerosas memorias de santos, había perdido en parte su claridad arquitectónica. No obstante, este cosmos litúrgico era para muchos una patria muy querida.

El concilio quiso devolver a la liturgia su clara arquitectura. Quiso cortar ramas secas al «árbol» de la liturgia, manifestar de nuevo el «brillo de una noble sencillez» y recuperar al pueblo para el *celebrare*. La obra de la reforma li-

túrgica se realizó, no obstante, con el grave trasfondo de una amplia crisis de la capacidad expresiva y simbólica del hombre, y estaba lastrada con problemas que entonces a lo más se podían prever sólo en sus líneas generales. El escritor y psicoterapeuta Manès Sperber, fallecido en ese paréntesis de tiempo, había diagnosticado al respecto: «Nuestra época es la más locuaz de todas. Se expresa sin parar, pero sin embargo no logra hacerse oír».

2. UNA MIRADA AL PRESENTE

De mucho mayor peso que la crítica de Alfred Lorenzer y Martin Mosebach sobre el estado de la liturgia posconciliar es la valoración del actual Santo Padre, el papa Benedicto XVI, reiterada durante años como cardenal y que finalmente resumió en el año 2000 en su libro *El Espíritu de la liturgia*. El cardenal había dicho en varias ocasiones a lo largo de los años que, en algunos campos, era necesaria una reforma de la reforma litúrgica posconciliar. Esta «reforma de la reforma» no puede ciertamente considerarse como un mero cambio de dirección de la reforma. No se refiere tan sólo a unos detalles escénicos en la liturgia de mayor belleza y de más noble forma, de un hablar menos y de mantener un silencio sagrado. No se trata, en consecuencia, tan sólo de una mejor realización del *ars celebrandi*, aunque todo eso sea muy deseable, e incluso necesario.

El cardenal Ratzinger y actual pontífice, cuando ha hablado de la reforma de la reforma litúrgica, se refería a una mayor hondura. Se trata de una «reforma interior». Reiteradamente ha prevenido ante el peligro de que la asamblea litúrgica se celebre a sí misma, en lugar de trascenderse para dirigirse a Dios: la liturgia es celebración en cuanto «servicio de Dios al hombre. Cristo mismo es el *primer* actor en toda celebración litúrgica», dice el concilio en su Constitución *Sacrosanctum Concilium*. En la predicación, en la catequesis, en las clases de religión y en la configuración de la celebración litúrgica, debería manifestarse claramente que la liturgia es ante todo un don de la gracia trascendente. Por ello, la forma (*Gestalt*) de la liturgia no se apoya sin más en la propia apreciación subjetiva de los liturgistas y de la comunidad litúrgica. No se puede ni se debe domesticar su forma como si fuese la cera. No todo lo que en este punto pueda estar bien intencionado es realmente bueno y tolerable.

Sólo cuando en la liturgia, Dios encuentra con su gracia al hombre, y sólo cuando este hombre se abre a la gracia, entonces este hombre sale de la celebración transformado. La liturgia es, por parte de quienes celebran, en primer lugar una autosuperación hacia Dios, y sólo entonces e incluida en ella, tam-

bién una autosuperación hacia los hermanos de la comunidad. Una asamblea litúrgica se celebraría a sí misma sobre todo cuando estuviera drásticamente reducida su capacidad perceptiva de la dimensión de lo sagrado. Por el contrario, cuanto más se dirija la liturgia hacia Dios, tanta mayor fuerza de amor transmitirá a todos y al mundo. La liturgia es, pues, la respuesta a una palabra que Dios ha dicho primero. «No hemos amado primero a Dios, sino que Él nos ha amado y nos ha enviado al Hijo como propiciación por nuestros pecados», leemos en la primera carta de Juan (1 Jn 4,10).

Con motivo del *Katholikentag* centroeuropeo, que congregó en 2004 a peregrinos de ocho países en Mariazell (Austria), las Conferencias episcopales respectivas dirigieron un mensaje común a los católicos de sus respectivos países. En este mensaje de los obispos, publicado con el título *Aprender a orar y enseñar a orar*, se habla de la liturgia como respuesta del hombre a Dios: «Europa será bendecida cuando aquí haya muchos hombres que oren comunitaria y también individualmente, y den así a Dios una respuesta de alabanza, de agradecimiento y de súplica a la palabra siempre nueva, que Él nos dirige mediante la creación y la redención. Nuestras parroquias y comunidades religiosas deben convertirse todavía más en escuelas de oración. La santidad y la belleza como participación en la gloria de Dios deben impregnar cada vez más intensamente la liturgia». Una mirada panorámica a la situación de la liturgia en el ámbito lingüístico alemán —o de igual modo en España o Irlanda— da mucha alegría a la vez que causa una notable preocupación. Lo que da alegría lo hemos puesto de relieve expresamente en la pastoral de los obispos alemanes citada al inicio. He mencionado ahí el elenco de frutos positivos del concilio.

No puede negarse el hecho de que el número de los católicos que participen regularmente en la celebración dominical ha descendido fuertemente desde el concilio, y sobre todo en los últimos diez años. Ciertamente, en países como Austria, ninguna comunidad reúne cada domingo tantas personas para una celebración común como sucede en la Iglesia católica. Las informaciones de los medios que desde hace algunos años transmitían, con cierta oculta satisfacción, que el número total de los asistentes a la celebración dominical en Austria había caído por debajo de la línea del millón, ignoraban los muchos factores que impulsan al particularismo y al individualismo de nuestra entera sociedad. La vitalidad de nuestra Iglesia, por tanto, ya no puede ser medida tan claramente como antes por el parámetro de la participación regular, por mucho que debamos esforzarnos en animar a asistir a los cristianos que tenemos encomendados.

En la actualidad hay también muchos sitios con iglesias llenas, ciertamente con pocas misas en su conjunto, y hay comunidades en las que el nú-

mero de participantes asciende notablemente. Habitualmente la razón no estriba en un activismo litúrgico especial, sino en una predicación sólida, en una música eclesial cultivada —sin entrar en competencia la comunidad con el coro—, y en un trato cuidadoso de lo escénico de la liturgia y de sus signos sagrados; en resumen: en una buena *ars celebrandi* que está animada por un gran amor a Dios y a los hombres.

3. UNA MIRADA AL FUTURO

¿Cómo se configurará el futuro de nuestra liturgia católica, con la eucaristía en su centro y en su corazón? Algunos liturgistas y sus comunidades consideraron entonces —y consideran hoy— insuficientes los cambios sucedidos tras el Concilio Vaticano II. Querían y quieren más espacio libre para la creatividad y la pluralidad. Ante esto ha comentado el papa Juan Pablo II en su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*: «Por desgracia hay que lamentar que no han faltado abusos sobre todo desde los años de la reforma litúrgica posconciliar, debidos a una falsa comprensión de la creatividad y de la adaptación, que ha producido dolor en muchos... Por esto, me siento en la obligación de expresar una urgente llamada para que se observen con gran fidelidad las normas litúrgicas de la celebración eucarística... La liturgia no es nunca propiedad privada de nadie, ni del celebrante ni de la comunidad». Hasta aquí el escrito del papa fallecido.

La aparición en 2003 de una Instrucción romana para la corrección de algunos abusos provocó en el ámbito alemán un sobresalto preocupante, intensificado por los medios de comunicación. Los obispos —y entre ellos el cardenal Joachim Meisner— han señalado claramente que no se pone en entredicho el servicio en estos países de mujeres acólitos y de los laicos como auxiliares para la administración de la comunión. Yo mismo estoy convencido de que —en la actualidad— no puede darse una vuelta atrás a la reforma litúrgica posconciliar, por ejemplo mediante una renuncia general a una *celebratio versus populum* o a la recepción de la comunión en la mano; pero sí se podría, e incluso se debería, proceder a una reintegración de perspectivas y elementos de la liturgia algo olvidadas o desplazadas, especialmente en la celebración eucarística.

Se trataría de lograr un vigoroso redescubrimiento de lo sagrado, de alcanzar una comprensión equilibrada de la eucaristía tanto como sacrificio como banquete, e igualmente conseguir un equilibrio entre la tarea insustituible del titular del sacramento del Orden con las tareas de los bautizados llamados

al sacerdocio común, y finalmente se trataría de intentar una recuperación enriquecida de una *ars celebrandi*, que ayude a proteger la liturgia de la banalización, y de la pérdida de forma, belleza y fuerza escatológica. Ciertamente todo esto se encuentra una vez más con el hecho de que la liturgia pierde su fecundidad si no existe amor creyente a Dios y a los hombres. Sin embargo, donde existe este amor, ahí incluso puede la liturgia soportar también algunas «estridencias» (*kitsch*), aunque también tales fenómenos pueden dificultar o incluso bloquear el camino a los más sensibles —que no son pocos— que buscan acercarse a la Iglesia cruzando el umbral de la liturgia. Por este motivo, tales situaciones deben ser reconocidas como tales y evitadas. Para esta finalidad estaría llamado el mencionado *ars celebrandi*.

A continuación, trataré un poco más algunos *desiderata* para el futuro de la liturgia. A mi juicio, sería especialmente necesario:

3.1. *Una orientación más clara hacia la dimensión de lo sagrado*

En un comentario sobre Albert Camus —nacido ahora hace 90 años—, recordaba un diario alemán una confesión de este gran literato al que se le ha calificado de «ateo preocupado». Decía Camus: «sí, tengo un sentido por lo sagrado». Y preguntaba en su novela *La Peste*: «¿Se puede ser santo sin Dios?», a lo que añadía: «Es el único verdadero problema que conozco en la actualidad». Una relectura de la obra de este premio Nobel de Literatura, hoy poco conocido, quizá podría ser un camino de regreso a una reflexión más profunda de la teología católica sobre la categoría de lo sagrado.

Sobre este punto habría que mencionar que, entre los años 1977 y 1984, se produjo un amplio tratamiento interdisciplinar de lo sagrado con una fuerte implicación de teólogos protestantes. Los resultados fueron editados por Carsten Colpse con el título: *Die Diskussion um das Heilige* y por Dietmar Kamper y Christoph Wulf con el título *Das Heilige - Seine Spur in der Moderne*. En ambos casos, sin embargo, no participaron teólogos católicos.

La santidad de la que aquí se habla es, en su hondura, no sólo una realidad moral sino, además, ontológica. El encuentro con lo santo requiere un equilibrio entre cercanía y distancia. Reclama veneración y escapa al acceso de cualquier banalidad. Sobre esta santidad como categoría irrenunciable de la liturgia dice el concilio en el número 7 de *Sacrosanctum Concilium* que toda celebración litúrgica, en cuanto obra de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo, la Iglesia, es acción sagrada de manera eminente, cuya eficacia no la iguala por el mismo título y en la misma medida ninguna otra actividad de la Iglesia.

3.2. *Liturgia como representación* (Stellvertretung)

Con una oración tomada del momento de la preparación de los dones de la misa, decía el concilio: «Ofrecemos este sacrificio *pro totius mundi salute*, es decir, para la salvación del mundo entero». Aparece aquí, en un momento poco central de la celebración, el tema de la representación como un principio esencial de la liturgia, que constituye por lo demás el cañamazo de la estructura de la liturgia.

Cuando las asambleas litúrgicas se empequeñecen hoy en algunos lugares drásticamente, se corre el riesgo de caer en el desánimo. En lugar de alegrarse de estar aquí reunidos unos con otros ante Dios, se piensa con preocupación y hasta con reproche en los numerosos ausentes. Debería producirse en esto un cambio de perspectiva. Se debe pensar durante la Misa en los bautizados ausentes y, además, en los no bautizados y rezar por ellos; pero no con una preocupación meramente pesimista, sino según la palabra y el espíritu de la segunda Plegaria eucarística en la que el sacerdote dice a Dios: «te damos gracias porque nos haces dignos de servirte en tu presencia».

Esta elección es también una tarea de representación de los demás ante Dios. El desarrollo de una teología y de una espiritualidad de tal representación resulta cada vez más importante para la Iglesia en países como los nuestros, a la vista de la creciente situación de diáspora. Una contribución significativa a este aspecto lo constituye el trabajo de habilitación del dogmático de Bonn, Karl-Heinz Menke, editado en 1991 en la editorial Johannes, del fallecido cardenal Hans Urs von Balthasar, con el título «Representación. Concepto clave de la vida cristiana y categoría teológica fundamental» (*Stellvertretung. Schlüsselbegriff christlichen Lebens und theologische Grundkategorie*).

Me resulta inolvidable en este contexto una celebración de Vísperas de tres horas de duración, en la que participé antes de la fiesta ortodoxa de la Epifanía en enero de 1981, en la iglesia de la Misión rusa de Jerusalén, perteneciente al Patriarcado de Moscú. El edificio parecía una fortaleza, porque —en ese tiempo— se habían producido amenazas terroristas contra la presencia ortodoxa en algunos lugares de gran tradición judía y bíblica. El profesor de liturgia oriental que me acompañaba, un benedictino italiano y amigo de los ortodoxos, conocía el santo y seña para poder acceder. Un arcipreste, un diácono y algunas monjas ante sólo una docena de cristianos —todos ellos no pertenecientes a la Iglesia ortodoxa rusa— celebraban una liturgia con tal intensidad de fuerza y gloria que parecían encontrarse en una catedral rebosante de gente. ¿Cómo es posible, pregunté a mi acompañante, que este pequeño grupo oprimido extraiga tal fuerza espiritual? Su respuesta fue: «Representan a toda Rusia en los Santos Lugares de Jerusalén, y eso los sostiene».

3.3. *Un desarrollo de la dimensión escatológica de la liturgia cristiana*

El deseo de reflexionar y de tratar este aspecto está muy unido especialmente al tiempo de Adviento, con el comienzo de cada nuevo año litúrgico. La aclamación trimembre tras las palabras de la consagración eucarística en su tercera parte se dirige al Cristo Exaltado con las palabras «hasta que vuelvas en gloria». Y en la conclusión de la oración posterior al Padrenuestro, el sacerdote pide la liberación del pecado y la protección de toda perturbación, para que la comunidad y la Iglesia no pierdan la tensión escatológica hacia su cumplimiento en y por Cristo, sino que pueda esperar su Venida llena de confianza: *expectantes beatam spem et adventum salvatoris nostri Iesu Christi*.

Durante siglos los cristianos han orientado sus iglesias habitualmente hacia oriente y han orado vueltos en esa dirección. El lucero matutino del cosmos era para ellos un símbolo de Cristo, la luz de su vida y del mundo. La pérdida de este simbolismo en la celebración litúrgica no facilita a los cristianos parecerse a las vírgenes prudentes y a los siervos vigilantes de los que habla Jesús en el evangelio. El cardenal Ratzinger ha llamado la atención sobre este aspecto en varias ocasiones. La reducción de la dimensión escatológica en la liturgia actual reclama una reflexión comprometida sobre si existe hoy en la vida de un cristiano un *Sitz im Leben*, para que adquiera una actitud de adviento. Sin esta orientación escatológica, mucha sal cristiana se convierte en sosa.

3.4. *Una vigorosa atención del arte y de la cultura en el amplio sentido de la palabra*

Un diálogo intenso con las artes plásticas antiguas y modernas, con la literatura y la música, podría preservar y liberar la liturgia —y especialmente la predicación— de cierta banalización. La liturgia es también, al menos en su forma más elevada, algo así como una obra de arte global en la que se implican todos los géneros artísticos. Es un destello de la belleza refulgente de Dios que —como dice un salmo— «nace de Sión»: también de la Iglesia, la nueva Sión.

Este diálogo con el arte podría proporcionar a la liturgia una saludable liberación de numerosos lastres de palabras, gestos, músicas, formas y espacios. La familiaridad y el conocimiento cercano de poetas y escritores —como por ejemplo Paul Cénan o Ingeborg Bachmann— podría tener un efecto purificador y desbanalizador en la predicación, en las oraciones de los fieles y también en la traducción de la Biblia. La pelea que entablan los artistas plásticos y los

arquitectos con la forma serviría de interpelación crítica a los liturgistas y a la comunidad sobre la suficiente atención con que tratan la palabra, el símbolo y el rito.

En lo que concierne a la pérdida de las formas, también afecta especialmente a los ornamentos, a la decoración de numerosos altares nuevos, y a la cultura o a la incultura comunicativa de muchos celebrantes, especialmente en la Plegaria eucarística. La artesanía litúrgica de los ornamentos, pero también de los candelabros, crucifijos y cálices, ha perdido vigencia en el ámbito germánico, latino y eslavo. La atención hacia la calidad ha disminuido en los fabricantes y en la clientela. Oferta y demanda están atrapadas en la misma tendencia hacia la mediocridad con vistas a la falta de alternativas. El Vaticano y las Conferencias episcopales probablemente deberían constituir o asumir algunas fábricas de *ars liturgica*, y ofrecer catálogos de objetos de gran calidad y, a la vez, accesibles desde el punto de vista económico, para ayudar a la liturgia a recuperar una noble sencillez en lugar de caer en «estridencias» (*kitsch*).

3.5. *Una convivencia más intensa con los signos sagrados en la liturgia y en la vida cotidiana*

Me refiero aquí a los símbolos portadores de vida y de fe. Su menor vigencia u olvido amenazan especialmente a la liturgia, a su sustancia y a su forma. Un trato incompetente o poco familiarizado con tales signos, sin conocimiento de su reciprocidad y de su interacción, comporta un vaciamiento de la celebración y, en general, de la vida. Antiguamente, antes de la aceleración de muchos procesos vitales, y especialmente laborales mediante siempre nuevas tecnologías, los artesanos —para producir y crear tales signos— tenían que realizar un duro trabajo manual con el correspondiente material adecuado. Esto llevaba a agudizar el ingenio para lograr dar la forma adecuada a aquel material y a crear la situación escénica adecuada, por ejemplo, por medio de una vestidura litúrgica o de un objeto de culto; impedía la aparición de lo *kitsch* en la liturgia y también en la vida profana. En la actualidad, la técnica ahorra ese trabajo, de manera que se ha perdido el sentido de la forma y de la figura en numerosas personas, especialmente en muchos artesanos y en otros responsables de crear el espacio, el entorno y los objetos de la liturgia. Sin embargo, cuando se alcanza algo realmente auténtico, habitualmente encuentra una amplia aceptación.

Más reducido es, sin embargo, el círculo de los que pueden crear y explicar por sí mismos tal autenticidad. «¿Quién sabe realmente lo que las cosas

dicen: el pan y el vino, el aceite y la sal, las campanas y el libro, el altar y la torre, y otros gestos litúrgicos como la imposición de las manos hasta la prostración orante en el suelo?». Así se preguntaba Hans Urs von Balthasar en el prólogo a mi libro *Signos sagrados*, que fue traducido al español en 1990, y editado en Barcelona por Herder.

3.6. *Reflexión sobre el principio de la «ejercitación» (Einübung) en la celebración*

Desde 1968 el principio «ejercitación» («entrenamiento») ha gozado de mala fama en la sociedad y también en la Iglesia. Había algo así como un culto a la espontaneidad. Sólo en el deporte y en la música tenía vigencia el ensayo y el entrenamiento como algo irrenunciable. Con ello, también la liturgia ha sufrido muy especialmente. En el entretiempo se ha tomado de nuevo conciencia, también en relación con la liturgia, de la necesidad de una cierta ejercitación si se quiere evitar el camino que conduce desde la chapuza hasta la variedad. Sólo la ejercitación posibilita un justo equilibrio entre la repetición y la espontaneidad en un determinado ámbito.

La liturgia necesita ambos: la repetición hasta la monotonía y la emergencia de lo nuevo, a menudo espontánea. Un equilibrio armónico entre ambas es tanto más difícil cuanto más diversamente está constituida una asamblea litúrgica en relación con la edad y otras circunstancias vitales. Los jóvenes bostezan a menudo, mientras que los mayores casi pierden el aliento al ver con frecuencia lo demasiado nuevo. Antes del concilio la liturgia estaba más fuertemente señalada por la repetición que por la variación. Tras el concilio, el péndulo se movió hacia la «variación», a menudo más allá de lo soportable. No pocos de los participantes en la celebración se preguntan antes y durante la liturgia qué innovaciones e improvisaciones —no sólo sorprendentes sino también a menudo dolorosas— iban a encontrarse; ellos querían esperar lo establecido, que es donde deseaban habitar espiritualmente. Paradójicamente a menudo se echaba de menos lo nuevo allí donde tenía un puesto indiscutible: a saber, en una predicación bien preparada.

Desde entonces se ha mejorado mucho. No obstante, en muchas comunidades sería deseable más ejercitación de los celebrantes, de los ministros, de los lectores, etc. La liturgia es también teatro, en el más noble sentido de la palabra; es juego sagrado ante Dios. Ningún teatro profano sale adelante sin abundante aplicación del principio «ejercitación». Por eso, sorprende que (precisamente en una iglesia con un altar *versus populum*, con todo el despliegue co-

municativo hacia la comunidad, y especialmente con el alto grado de preparación escénica del sacerdote) casi se piensa poder prescindir de la ejercitación. Los responsables de la liturgia deberían intentar una y otra vez mirar con la óptica que tienen los agnósticos o los cristianos sensibles a la estética, que en su búsqueda religiosa ante el umbral de la Iglesia y de la celebración se admiran negativamente de cómo muchos liturgistas tratan lo sagrado que les ha sido confiado. Habitualmente de manera inconsciente se pierde de este modo una oportunidad misionera.

4. EPÍLOGO

Llego al término de la conferencia. El concilio Vaticano II ha ponderado adecuadamente las dimensiones de la liturgia de la Iglesia al describirla como fuente y culmen de la actividad eclesial. Desvelar y mantener abierta esta fuente, que se encuentra sellada para muchos, es una tarea permanente para todos los que enseñan, preparan, configuran y celebran la liturgia; y de este modo mostrarán el camino y acompañarán a esas personas hacia la cima. Surja fuerza de este Simposio de Pamplona para realizar dicha tarea.

Mons. Egon KAPPELLARI
Obispo de Graz-Seckau
AUSTRIA